

POESÍA

**NO SE LEER PERO ME
ESCRIBEN**

Carlos Garrido Chalén

DESDE SU OLOR A HORNO Y MALA RACHA

No se leer, pero me escriben

las garzas sobrevivientes de Hiroshima:

en carta vienen volando hacia mi nido

con las palomas pico de oro y azul de Nagasaki.

Vuelan hacia mí en estampida,

mientras el fuego consume la hojarasca.

Me escriben en hiragana y katakana

con su dolor abrevando en sus mortajas.

Me escriben con palabras que no entiendo

que proceden del silencio y de la nada

como ese cigarro que se extingue

presuroso y rendido en la batalla.

Me escriben desde su olor a carne que musita,
vestidas de agua verde y de cucarda.

Vienen tiznadas de explosión, exangües y marchitas
y tengo que entenderlas con el alma.

El Ota me enseña a comportarme
y en su gramática me hablan sus cascadas.

Las asordó el estruendo de la pólvora
e intentan sobrevivir a la redada.

Hay temblor en sus alas y en sus ojos.

Y es de uranio y de plutón

la voz que callan.

No sé leer, pero me escriben desde su olor

a horno,

a bomba nuclear y mala racha.

ME ACLIMATO EN EL FRAGOR DE SUS FANTASMAS

No sé leer, pero me escriben,
las palomas mensajeras del ocaso.

Me escriben haciendo señas en el cielo:
y en su agonía mordaz
se afea el alba.

No sé leer
y me embrollo cuando canto
y se emborracha de acertijos mi palabra.

Todo me aturde, y me anonada la tristeza.
y los pájaros de Hiroshima
me llevan a su andada.

¿Qué hay más allá del dolor
de esa estocada cruel e inacabable?.

La respuesta la escriben las torcazas.

Más allá están las cartas nunca leídas del paisaje calcinado,

del espanto de los cuerpos que se agitan

en la canonjía perpleja de la maña.

Y aunque no sé leer

en el idioma de la avifauna

entiendo lo que ellas mecieron en su pesar

convidadas insolentes de la lágrima.

No sé leer, pero discierno

lo que dicen los búhos que se callan

y entiendo por eso aquel gorjeo

que transita en los gansos cuando cantan,

Vienen a verme trayéndome en su tarde

el negro azul, la máchica inmoral

de la masacre.

Y sufro su dolor y a toda la humanidad

que cunde en llanto

y me aclimato en el fragor de sus fantasmas.

LOS PÁJAROS QUE NO HABLAN DE CAPITULACIÓN EN LOS NOGALES

No sé escribir, pero me escriben decapitados

los pájaros de Hokaido y Lamaguchi,
de Kagoyima, Oíta y Toiama.

De Tokio, Totori y Yizuoka.

Se juntan con los de Ehime, Guifu y Fukuyima.

Con los de Ibariki, Hiroyima, Iuate y Miiazaki.

Búhos manchú y patos mandarines,

cucos, gansos blancos y barnaclas.

Todos al unísono: desde Akita y Aoomori,

Juntos desde Niigata, Nagano y Nagasaki.

Son los pájaros que nunca se rindieron

ni hablaron de capitulación

en los nogales.

LA LLUVIA TÓXICA LES MARCHITÓ EL ALMA

El 06 de agosto de 1945 el “Enola Gay”

lanzó sobre Hiroshima un little boy,

de uranio y de pináculo:

un ruido ensordecedor llenó de bramido

las trompetas

y en el cántaro del dolor

se encapotó la llaga.

Una columna de humo gris-morado

salió del berenjenal

(a un millón de grados centígrados infernales)

y en la chinela se afeó la báscula.

El 9 de agosto, a las 11 de la mañana,

el espectáculo de la aniquilación nuclear

se repitió en Nagasaki,

y Kyushu se llenó de aturdimiento:

el bombardero B-29, "Bock's Car", lanzó sobre la ciudad el fat boy,

de muerte y de plutonio

y los pájaros

huyeron

vertiginosamente

hacia la nada.

La lluvia tóxica les marchitó el alma

AZULADO DE LUNA EN LOS BARBECHOS

Porque no le tengo miedo al amor

ésta es la brida de mi atajadero.

la montura de mi parapeto.

Desde mi arretrato de arùspice

brama bermellòn el sol poniente

y soy un potro

azulado de luna en los barbechos,

un barco asustado

por la enormidad siniestra

de la noche.

A mi baba llega

como un fogonazo de luz

la madrugada.

Mi antepecho gamita en el arenal

como un agreste bandolero en la batalla.

He hecho por eso

un hangar con mis junturas

un capullo

con las espigas de mi abrasamiento.

Y debo entender que, aunque no se leer,

es mío el purpurado de la brecha,

el santo y seña lelo y huraño

de la flauta..

Chapucero es el viento del chubasco

Impúdico y subrepticio el cruel barullo

de bufón y de alarife del amianto..

Por eso estoy aquí

con mi farol

de augur y de gendarme,

aullando en el tremedal de los fogones

navegando en mi barca de arlequín

todos los mares.

Hiroshima y Nagasaki son un cañón

que apunta a la emboscada

y yo un yacaré embaucado de sombra

anacoluto,

sahumado, en los manglares..

Hendida de dolor muere la rúa

y en la posada del talúd el aguacero.

En el revés

se atolondra el yelmo

y llena de amanecer la catarata.

Algún día has de saber

que entre tu y yo

alborea con sus guarismos de fe,

la madrugada.

ME ESCRIBE DESDE EL FANGAL, FRUNCIENDO EL CEÑO, EL ARREBATO

No sè leer, pero me escribe desde el fangal

encubridor,

frunciendo el ceño,

el arrebató

y a mi chabola vienen alboreando de luces

las cigarras.

A mi postura de azhor

llega con su cantinela de celestina

la embestida

y tasca con su vagabundez

la madreSelva

y en la brecha de la tempestad canta la curda.

Broza en su celaje de matorral

la yerbabuena.

Y no sé de quién es el altillo que pende

en la neblina

que se hace tumulto y algazara en el gemido.

No sé leer, pero me escriben

con su pico vaporoso las palomas.

Intruso y forastero es el dolor

que se amanceba en la albura monacal

de sus mañanas.

Y allí, ebria de acústica,

flamea la llovizna

y alborea y abjura la borrasca.

PARA TENER UN MÁSTIL EN DONDE ONDEAR SUS PENDONES DE ALABASTRO

Cuando haya que hacerle un arqueo a la vida

y alguien, por algún motivo,

olvide izar tu bandera en la batalla

entra a su barricada

y sé caudillo y paladín con tus agallas.

Acólito de la romanza

entra al redondel del acosamiento

y al alón del percal y su acechanza

que en tu grupa no aulle la angostura

ni tampoco la anchura del engaño;

que viva el Dios del fondeadero

que un día te creò

sahumado de mirra

para tener un mástil en donde ondear

sus pendones de alabastro.

Que en tu pantano, la única renga,

sea la conjetura

que burbujea andariega en los mirtales..

Para que un buen día

cohorte en el tremendal de la borrasca

todo termine siendo ese guarismo agitador

que cesteo con su insolencia el aire.

ME ESCRIBEN DESDE LA MONTAÑA DEL CORAJE

Me escriben desde la montaña Kitadake

las aves inmortales de Kinki y de Ishikari:

Navegaron el Biwa y el Shinano

para traerme el aire boreal de sus reclamos.

Caminan sobre las corrientes tempestuosas

de Kuroshio y de Oyshio

registrando en sus ojos victoriosos

la voz de los castaños.

Hayas, tuyas, pinos rojos y laricios

componen el paisaje del magnolio,

del bambú y los cerezos.

Estuvieron en la estampida de Hiroshima

y también de Nagasaki

Y vieron cómo el fuego de la tromba

rompía los tímpanos

del día inacabable.

Vinieron de Kanto,

de Kinki y de Ishikari.

Y el océano supo comprender cuando clamaban.

y lloró con ellos mirando los añicos,

los restos del fragor, diseminados.

VIENEN DESDE RIBENGUÒ PARA AROMAR EL PAISAJE

Quinientas ochenta y tres especies de aves majestuosas

vienen de Ribenguó

para aromar el paisaje.

Tocan marimba y bongó

y en Bonin y Jima de ansias se abastecen.

Se escuchan en Corea sus edictos

y en el Sur de Siberia

sus cánticos de guerra.

Y en donde el Monte Fuji se apertrecha

sesenta y seis especies de peces y reptiles

se amotinan.

Mamíferos de ciento treinta y dos especies

conspiran con la tarde

y los pájaros de la debacle

le restauran la piel a los collados.

Vienen del pedregal, del musgo y la retama,

pensando que no hay lugar para la muerte.

Osos pardos, zorros y ciervos

abandonan Honshu porque del cielo llueve lava

y se hace tarde.

ME ESCRIBE EL MISMO DIOS QUE CANTA EN LOS ARCANOS

Desde su tierna anuencia, en el Cielo del Cielo,

una carta me ha escrito

el Rey del abedul

La han traído a mi casa

las palomas del Reyno

mecida entre guirnaldas

y orquestada de luz.

En ella el Dios Eterno,

con su aliento de flores

me dice que el silencio

cruje en la Eternidad,

que el infierno y su casta

de demonios resopla

y hay sonido de trombas

en el fondo del mar,
palomas que se mecen,
angustiadas de infarto
y guirnaldas que traman
pues no saben amar.

Y dice que en Hiroshima
una flor se levanta
y en Nagasaki brilla
el sol de otra verdad;
que a las guerras las tizna
la muerte del averno
y hay dolor en su alma
porque no existe paz.

ME ESCRIBEN CON EL CORAZÓN, A PULSO Y DESDE EL ALMA

No sé leer, pero me escriben,
en carta hermética, contritos,
los muertos
que resucitan de amor en Nagasaki.

Vuelan con alas de águila hacia mí,
desde Hiroshima,
quebradas sus espaldas por el llanto.

Cruzan con desesperación
para vencer al huracán
y al mar picado.

Vienen desde la montaña del desprecio

y la cuenca de la ira desatada.

Del río de la amargura

emergieron sus presagios

y a canoa, en pérgola y a nado

se apresuran a venir

para contarme

sus secretos entrañables.

Son del país del milagro y me escriben

desde los recovecos

de su rabia inmarcesible.

Los liquidó la muerte intempestiva

pero se niegan a morir

y me escriben con el corazón,

a pulso

y desde el alma.

LO QUE ESCRIBEN AMANDO LAS CUCARDAS

Quiero aprender cantando

a leer en el Cielo

lo que escriben amando

las cucardas del sol

cómo leen aladas las magnolias

al viento

que florea la bruma

en homenaje a Dios.

En esa dinastía de amores transcurridos

me consuela el espíritu

que trepita en el mar,

ese arrastrar de almas

que cruje entre las sombras

sobre las que milita

añil la soledad.

Soledad tesonera

que ancla en los pregones

y se convierte en brisa

en cada atardecer

que no tiene un idioma

y la afana la noche

y a veces la construye

y amacija el amor.

NO SE LEER PERO ME ESCRIBE EL ALBA EN PLENILUNIO

No sé leer, pero me escribe el alba

en plenilunio

y el atardecer desde el equinoccio

y el solsticio de todos los clamores.

Me escribe el arco iris

que hace burbujas de océano

en el vientre de la ballena que se tragó a Jonás

para sembrar sus pactos en mi sangre.

Y cuando la luna llena

se detiene pretenciosa

en mi heredad

y en mis verdosos pastizales

y todo parece día en mi cobertizo

y se alumbran de cisnes mis picos levantados

me escribe el silencio

desde el que Elias se hizo Profeta

para contarme cómo nació el caos

en el tobogán del otoño que desató el furor.

Todos me escriben

y ya no sé qué hacer

con todas las cartas que recibo

Y como el más dócil de todos los rumiantes

- el que ama a oscuras

y se alucera de cosmos cuando sueña -

no sé cómo leerme a mí mismo

cuando callo.

Cómo leer a todos

si vengo de la casa del jilguero

pero me es ajeno el sonido

de su pecho de pinkuyo.

Si nada de lo que está aquí me pertenece

y las palabras que vomita el horizonte

terminan por convencerme

que no saben por qué fueron inventadas

por la vida.

- No es el momento
de plantar nuevas semillas - me dijeron,
y yo vi cómo se aceleraba vigesimal el tiempo
en los cantones del viento
y como sobre el Árbol del Mundo
alguien asediaba con preguntas a la noche.